

EPÍSTOLA PARA EL DOMINGO DE LA TRINIDAD

Romanos 11:33–36

1. Esta lectura de la Epístola se usa en este día porque celebramos la fiesta de la Santa Trinidad, o de las tres personas de la esencia divina. Este es el primer, alto, incomprensible artículo principal de fe que se debe preservar en la cristiandad por medio de la palabra de Dios, que conozcamos a Dios como él quiere ser conocido. Aunque en esta lectura de la Epístola Pablo no aborda este artículo por sí mismo, sino lo plantea en pocas palabras al final (como escucharemos), sin embargo quiere enseñar que en estos asuntos supremos cuando hablamos de Dios (sea de su esencia divina o de su voluntad y obras), no debemos discutir y juzgar según la sabiduría humana, sino solo de acuerdo con la palabra de Dios. Estos asuntos divinos son demasiado elevados y están muy por encima de toda razón; el entendimiento humano nunca los puede comprender ni descubrir.

2. Sin embargo, a pesar de que en otros lugares he enseñado y escrito mucho y con suficiente frecuencia acerca de este artículo, aquí debemos decir algo resumiéndolo. Ciertamente no es el mejor alemán, ni suena bien, nombrar a Dios con la palabra *Dreifaltigkeit* (así como la palabra latina *Trinitas* no suena tan bien); aunque puesto que no tenemos nada mejor, debemos decir lo que podamos. Este artículo (como he dicho) está tan por encima del entendimiento y lenguaje humano que Dios, como un Padre, tiene que ser tolerante con sus hijos cuando tartamudeamos y balbuceamos lo mejor que podamos, con que nuestra fe sea pura y correcta.

Sin embargo, con usar esta palabra queremos decir que las personas deben creer que la Majestad divina es tres personas distintas de una verdadera esencia.

3. La revelación y el conocimiento que los cristianos tienen de Dios es que no solo saben que hay un verdadero Dios, aparte de todas las criaturas y por encima de ellas, y que no puede haber más de un Dios, sino también saben qué es este único Dios en su esencia interna inescrutable.

4. Sin embargo, la razón y la sabiduría humanas pueden llegar tan lejos que concluyen (aunque sea débilmente) que debe haber una esencia divina eterna, que creó, preserva y gobierna todas las cosas. Ve una creación tan hermosa y excelente tanto en los cielos como en la tierra, formada y funcionando tan maravillosa, regular y constantemente en su orden, que tiene que decir: “es imposible que esto haya sido hecho u opere accidental o independientemente, sino debe haber un Creador y Señor de quien viene todo y quien lo gobierna”. Así sus criaturas conocen a Dios; como también San Pablo dice: “La esencia invisible de Dios, a saber, su eterno poder y deidad, se ve cuando la percibimos en sus obras, es decir, en la creación del mundo” (Romanos 1:20).

Esta es una clase de conocimiento “de lo que resulta” [*a posteriore*], con la cual vemos a Dios desde fuera en sus obras y su gobierno, así como miramos un castillo o una casa externamente y por eso nos damos cuenta del señor o dueño.

5. Sin embargo, “de lo que precede” [*a priore*], desde adentro, ninguna sabiduría humana jamás puede ver qué y cómo es Dios en sí mismo o en su esencia interna. Así como nadie “conoce”, dice San Pablo, “las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él. Del mismo modo, nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios”. (1 Corintios 2:11) Ciertamente puedo ver lo que haces afuera, pero no puedo ver lo que tienes en tu mente ni lo que piensas. Otra vez, no puedes saber cuál es mi intención a menos que te lo diga con palabras o señales.

Mucho menos podemos ver y conocer lo que es Dios en su propia esencia secreta, hasta que el Espíritu Santo, que también “escudriña y ve las profundidades de la Deidad” (como Pablo dice allí, 1 Corintios 2:10), nos lo revela. Lo hace por la predicación de este artículo, en que nos enseña que en la divina Majestad no hay más que una indivisa esencia divina. Sin embargo, en esa esencia hay primero una persona que se llama el Padre; y que de él la segunda, que es el Hijo, nació desde la eternidad; y la tercera, que procede de las dos, a saber, el Espíritu Santo. Estas tres personas no están separadas una de otra como dos o tres hermanos y hermanas, sino se permanecen en una esencia eterna, sin división e inseparable.

6. Esto, digo, no se puede buscar, escalar o ascender a ello por la razón humana, sino se revela desde el cielo. Por consiguiente, solo los cristianos pueden hablar tanto de lo que es la deidad esencial en sí, y así como se muestra externamente en sus criaturas, y lo que tiene en mente para las personas, a saber, que sean salvos. Oyen todo esto del Espíritu Santo, que lo revela y proclama por medio de la palabra.

7. Los otros, sin embargo, que no tienen esta revelación y que juzgan conforme a su propia sabiduría, tales como los judíos, los turcos y los paganos, tienen que considerar esta predicación como el error más grande y el colmo de la herejía. Tienen que decir que los cristianos estamos locos y somos necios, puesto que hacemos tres dioses cuando según toda la razón (de hecho, aun conforme a la palabra de Dios [1 Cor 8:4; vea Deut 4:35]) no puede haber más que un Dios. No tiene sentido que haya más de un dueño en una casa o más de un señor o príncipe en un gobierno, y mucho menos que más de un Dios gobierne sobre el cielo y la tierra. ¡Piensan que con tal sabiduría forzosamente nos han derribado y han hecho que nuestra fe sea motivo de burla para el mundo entero, como si fuéramos unos brutos y necios que no podríamos ver esto! Sin embargo (alabado sea Dios) nosotros también tenemos tanto entendimiento humano como ellos, y podemos discutir y demostrar tan bien como ellos, con todo su Corán y Talmud, si no mejor y con más razones, que no hay más de un Dios.

8. Sin embargo, también decimos y sabemos por la Escritura que sus sutilezas de la razón y pretensiones de gran sabiduría ni siquiera sus argucias son suficientes para hablar de estos asuntos divinos. Más bien, es necesario un conocimiento más alto que todo lo que el entendimiento humano puede alcanzar para investigar este y todos los artículos de nuestra fe. Si no sabemos más de lo que los paganos ven con su razón y concluyen por causas racionales, tenemos solo una parte pequeña del conocimiento que debemos tener acerca de Dios. En su mejor libro, el pagano Aristóteles concluye por una expresión de su poeta más sabio, Homero, que no puede haber buen gobierno en donde hay más de un señor, así como no es bueno cuando

más de un amo o ama quiera gobernar y mandar a los sirvientes. Así, en cada gobierno debe haber solo un señor y soberano.

Esto ciertamente es correcto y verdadero, porque Dios ha implantado esta luz y entendimiento en la naturaleza humana para informarnos y hasta darnos una imagen de su gobierno divino, a saber, que él es el único Señor y Creador de todas las criaturas. Pero con eso todavía no se ha explorado ni investigado lo suficientemente la suprema, eterna divina esencia. Aunque yo haya aprendido que una divina majestad gobierna todas las cosas, todavía no sé cuáles cosas suceden dentro de esa divina esencia ni cómo. Nadie me dirá eso, como dijimos, a menos que Dios mismo nos lo revele por medio de su palabra.

9. Bien, nosotros los cristianos tenemos la Escritura, y estamos seguros de que es la palabra de Dios. Los judíos también la tienen, puesto que vino de sus padres a nosotros. De ella, y de ninguna otra parte, se ha tomado todo lo que se sabe de Dios y las obras divinas desde el comienzo del mundo, aun entre los turcos y los paganos (a menos que sean fábulas obviamente inventadas). Además, esto se ha confirmado y demostrado con grandes milagros hasta la actualidad. La Escritura nos habla de este artículo de que no hay ningún Dios ni esencia divina aparte solo de este. No obstante, no solo nos muestra a Dios desde afuera sino también nos conduce a su esencia interna y nos muestra que en él hay tres personas. Sin embargo, no son tres dioses o tres clases de deidad, sino una indivisa esencia divina.

10. Esta revelación resulta de la obra suprema de Dios y brota de ella e indica su consejo y voluntad divina, decidida desde la eternidad y proclamada conforme a ella en las promesas de que su Hijo se haría hombre y moriría para reconciliar con Dios a la raza humana. No podíamos ser librados de nuestra abominable caída en el pecado de ningún otro modo sino por la única persona eterna que tenía el poder para borrar el pecado y la muerte y, en lugar de ellos, darnos justicia y vida eterna. No había ningún ángel ni criatura que podía hacer eso, sino lo tenía que hacer Dios mismo. Bien, eso no podía ser la persona del Padre, puesto que él era quien tenía que ser reconciliado, sino tenía que ser una segunda persona, con quien se decidió este consejo, por medio de quien y por causa de quien la reconciliación tendría lugar.

11. Por tanto, aquí hay dos personas distintas: una que es reconciliada, y la segunda que fue enviada para la reconciliación y se hizo hombre. La primera se llama el Padre, y la segunda es el Hijo que nació del Padre desde la eternidad. La Escritura lo muestra y lo testifica cuando lo llama el “Hijo de Dios”, tal como lo hace el Salmo 2:7: “Mi hijo eres tú; yo te engendré hoy”. Asimismo, “Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo”, etc. (Gál 4:4). El resultado mismo prueba contundentemente que el Hijo, puesto que se llama una persona, tiene que ser distinto de la persona del Padre.

12. De la misma forma, al Espíritu de Dios específica y distintivamente se le llama una persona que es enviada o que procede de Dios Padre y el Hijo, como dice Joel: “Después de esto derramaré mi espíritu sobre todo ser humano”, etc. (Joel 2:28). Lo que se derrama es un Espíritu que es el Espíritu de Dios o un Espíritu divino y debe tener la misma esencia divina; de otro modo no diría “de mi Espíritu”. Sin embargo, es una persona distinta, no la que envía o derrama. Asimismo, cuando el Espíritu es enviado, es revelado, aparece descendiendo en una forma

visible, como la paloma o como llamas de fuego (Mt 3:16; Mar 1:10; Lucas 3:22; Juan 1:32; Hechos 2:3); y por tanto debe ser algo diferente (según su persona) tanto del Padre y del Hijo.

13. Sin embargo, cuando decimos que el Hijo de Dios se hizo hombre, de la misma naturaleza que nosotros, para redimirnos del pecado y de la muerte y llevarnos a la vida eterna sin ningún mérito ni cooperación de nuestra parte, damos menos motivos para que los judíos y turcos se rían y se burlen de nosotros que cuando hablamos de tres personas. Esta es una afirmación muy absurda según la razón humana, que arguye con la predicación judía, turca y hasta pagana que Dios es el único todopoderoso Señor sobre todo, que creó a toda la gente y les dio la ley conforme a la cual deben vivir. De esto se deduce que él es misericordioso con los justos y obedientes, pero castiga y condena a los desobedientes. Por tanto, quiere premiar a cualquiera que hace buenas obras y evita el pecado, etc.

Estos no son otra cosa sino pensamientos paganos tomados de la vida y los asuntos terrenales, mundanos, como si las cosas tuvieran que suceder en la misma forma en que el padre de familia gobierna entre los hijos y sirvientes. Llamamos a los que mantienen esta distinción entre sus siervos “soberanos y señores piadosos”.

14. El Papa también enseña y promueve esta sabiduría, santidad y culto pagano, que todos creíamos bajo él y no conocíamos otra cosa, yo tanto como los otros; de otro modo habríamos enseñado y actuado de otra forma. En fin, todo el que no tiene esta revelación y la palabra de Dios no puede creer ni enseñar de otra forma.

¿En qué forma estábamos mejor con esa fe que los paganos y turcos? De hecho, ¿cómo podíamos protegernos contra cualquier engaño e invento mentiroso que ellos se atrevan a insistir que sean buenas obras y adoración? En ese tiempo, tuvimos que seguir toda cabeza tonsurada que venía en lugar de Cristo con su cogulla y cordón, y pensar que todo el que hiciera estas cosas se salvaría. Así el mundo entero solo se llenó de falsa adoración (que la Escritura correctamente llama idolatría) de la sabiduría humana, que rápidamente es llevado cautivo cuando la gente pretende haber hecho una buena obra y haber sido obediente a Dios. No sabe nada mejor, ¿y cómo debía saber algo mejor, puesto que no se les ha revelado? No escuchará la predicación, sino la despreciará y seguirá sus propias opiniones. Así permanece oculta e incomprensible, como San Pablo dice aquí: “¿Quién entendió la mente del Señor?” (Romanos 11:34).

15. A nosotros, sin embargo, se nos revela este consejo y mente de Dios, cómo y por qué Dios envió y dio a su Hijo en nuestra carne. Por la palabra de Dios tenemos la sabiduría de que nadie puede ser justo ante Dios por él mismo (Rom 3:20), sino todo lo que vivimos y hacemos está bajo la ira y está condenado, porque nacimos totalmente en el pecado y por naturaleza somos desobedientes a Dios (Efe 2:3). Sin embargo, si vamos a ser librados del pecado y salvos, entonces debemos creer en este Mediador, el Hijo de Dios, que ha tomado nuestro pecado y muerte sobre él mismo, lo pagó con su sangre y muerte, y nos redimió de ello por su resurrección.

Persistimos en esto a pesar de que se burlan de nosotros por esta fe con sofistería pagana, que nos enseña que Dios premia a los justos, algo que sabemos sin su instrucción tan bien como ellos, incluso mejor. Sin embargo, aquí debemos tener una sabiduría superior, que no hemos inventado y que no fue agradable a nuestras mentes pero que se nos ha dado por la revelación divina por pura gracia.

16. No queremos de esta forma escudriñar el consejo, la mente y los caminos de Dios con nuestra cabeza y nuestros propios pensamientos y hacernos sus consejeros. No queremos ser como los que se entrometen en su divinidad y se atreven, contra estas palabras de San Pablo, a no tomar ni aprender de él sino darle a él de modo que él tenga que recompensarlos (Rom 1:35). De esa forma, hacen tantos dioses como se les vienen a la mente (según los cuales pintan y sueñan a Dios para sí mismos), de modo que cada cogulla desgastada de monje o cualquier otra obra que escojan tiene que hacer y contar tanto para ellos como lo que Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo decide y hace con su consejo eterno divino. Así siguen siendo solo personas que llevan cogulla y maestros de obras, las cuales aun los que no saben nada acerca de Dios y son obviamente malhechores podrían hacer. Si trabajan en eso por mucho tiempo, aun así no saben cuál es su estatus ante Dios, y todavía queda cierto lo que dice San Pablo: “porque, ¿quién entendió la mente del Señor? ¿o quién fue su consejero?” (Rom 11:34).

17. “Conocer la mente de Dios” seguramente no quiere decir lo que has inventado en tu propia cabeza y lo que cualquiera puede encontrar, imaginar y entender sin ninguna revelación, por su propia razón. ¿De qué aprovecharía si no puedes decir más que “Dios es misericordioso con los justos y castiga a los malos”? ¿Quién te dará seguridad de que eres justo y agradas a Dios con tu monaquismo y santidad papista o turca? ¿Basta con decir: “Dios dará el cielo a cualquiera que guarda esta orden”? No, querido hermano, aquí no vale suponer o expresar tus propias opiniones, porque yo puedo hacer esto tan bien como tú. Hasta sucede que cada uno inventa algo diferente: este favorece la cogulla gris; aquel, el hábito monástico negro. Más bien, lo que vale es escuchar y conocer el consejo, la voluntad y la intención de Dios. Nadie puede decirte esto de su propia cabeza; ningún libro en la tierra puede enseñar esto excepto la palabra y Escritura dada por Dios mismo, que nos dice que él envió a su Hijo al mundo para redimirlo del pecado y la ira de Dios, de modo que todo el que cree en él tendrá la vida eterna (Juan 3:16).

18. En esta lección de la Epístola, San Pablo quiere mostrar a los cristianos que estos asuntos elevados, divinos, es decir, tanto su real esencia divina y también su voluntad, gobierno y obras, son y permanecen sencillamente por encima de todo pensamiento, entendimiento y sabiduría humana; en fin, son incomprensibles, inescrutables y ocultos. Todo lo que suponen y emprenden para buscar, conocer e investigar acerca de esto es en vano, y hasta es oscuridad y son mentiras. Si se va a aprender, conocer y encontrar algo acerca de esto, tiene que ser solo por la revelación, es decir, por la palabra de Dios dada desde el cielo.

19. No aplicamos estas palabras de San Pablo a la cuestión de la divina predestinación: si cada persona en particular será salva o no. Dios no quiere que busquemos ni indagemos nada al respecto. Por eso no nos da ninguna revelación especial acerca de esto, sino señala a todas las personas la palabra del evangelio, por la cual deben ser guiados para que la escuchen y conozcan; si la creen, serán salvos. Así todos los santos han adquirido confianza y se han

aferrado a su elección y a la vida eterna no por una revelación especial acerca de su predestinación, sino por la fe en Cristo. Por eso, San Pablo (cuando habla de la predestinación en los tres capítulos antes de este texto, Romanos 9-11) no quiere que nadie pregunte ni investigue si está predestinado o no. Más bien, señala a todo el mundo el evangelio y la fe. Antes, enseñó que somos salvos por la fe en Cristo, y dice: “Cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón” (Romanos 10:8), etc. Él mismo explica que esta palabra se debe predicar a toda la gente para que la crean, como dice: “porque no hay diferencia entre judío y griego, pues el mismo que es Señor de todos, es rico para con todos los que lo invocan; ya que todo aquel que invoque el nombre del Señor, será salvo.” (Rom 10.12–13, Joel 2:32).

20. Sin embargo, está hablando del gobierno maravilloso de Dios en su iglesia, a saber, que los que tienen el nombre y la reputación de ser el pueblo de Dios y la iglesia (tal como el pueblo de Israel) son rechazados a causa de su incredulidad. Los otros que antes no eran del pueblo de Dios sino estaban bajo la incredulidad, ahora que reciben el evangelio y creen en Cristo, vienen a ser la verdadera iglesia ante Dios y se salvan. El primer grupo fue rechazado solo debido a su propia incredulidad. Por otro lado, la gracia y la misericordia de Dios en Cristo se ofrecieron para la vida eterna sin ningún mérito a los que antes estaban en la incredulidad y el pecado, si tan solo lo aceptaran y creyeran, como dice: “Pues Dios sujetó a todos en desobediencia, para tener misericordia de todos”. (Rom 11.32).

21. Este texto ahora sigue, en el cual comienza con gran asombro por el gobierno y la obra de Dios en su iglesia, diciendo:

“¡Profundidad de las riquezas, de la sabiduría y del conocimiento de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios e inescrutables sus caminos!” (Rom 11.33)

22. ¡Estos son los pensamientos y el consejo elevados de Dios, que sobrepasan grandemente toda mente y entendimiento humano, inclusive a todas las criaturas! Derrama abundantemente su bondad y por pura gracia y misericordia escoge a la gente pobre, miserable, indigna que está encerrada bajo el pecado, es decir, los que saben que realmente son dignos y culpables de la ira y la condenación eterna ante Dios. Quiere que sepan tanto lo que es interiormente en su esencia divina y lo que tiene en su corazón, a saber, que por medio de su Hijo quiere dar a todos los que crean la vida eterna y la salvación. Los demás, sin embargo, que en su seguridad arrogante se jactan de los grandes dones que tienen, porque son llamados el pueblo de Dios más que todos los demás, que tienen una promesa especial, profetas, padres, etc., y piensan que Dios no reconocerá ningún otro pueblo en la tierra, excepto ellos como su pueblo e iglesia, a estos los rechaza y condena por su incredulidad, porque se aferran a la arrogancia y las opiniones de su propia sabiduría y santidad.

23. Ciertamente es una sabiduría y conocimiento rico, indecible, divino, que solo tienen los que creen en Cristo, los que pueden mirar en el profundo abismo y ver cuáles son la mente y las intenciones del corazón divino. Por supuesto, en su debilidad no pueden alcanzarlo

perfectamente ni examinar más allá de la medida en que se aferran con fe a la palabra revelada, como en un espejo o estatua (como dice San Pablo, 1 Corintios 13:12). Sin embargo, es ajena y está oculta de la razón ciega, incrédula, y nada en absoluto de ella entra en su mente ni pensamientos; de hecho, no escuchará ni sabrá nada de ella, aunque sea revelada.

24. San Pablo vio y experimentó esto especialmente cuando el arrogante pueblo judío, dura y tercamente, se opuso a la predicación del evangelio. Debe haberse asombrado y dicho: “¿Por qué debo hablar mucho? Veo por cierto que esto no es otra cosa sino la sabiduría profunda e insondable de Dios, sus juicios secretos y caminos inescrutables, etc.” Como dice en otra parte: “Pero hablamos sabiduría de Dios en misterio, la sabiduría oculta que Dios predestinó antes de los siglos para nuestra gloria, la cual ninguno de los poderosos de este mundo conoció” (1 Corintios 2:7–8).

25. Los cristianos debemos conocer esta profundidad y riqueza de sabiduría y conocimiento por la fe (porque, como él mismo dice, no puede ser recibido ni comprendido de ninguna otra forma). Porque el mundo no cree, ciertamente nosotros creemos y daremos a Dios el honor de nuestro corazón de ser realmente el Dios y Señor sabio, justo y bondadoso, cuya riqueza y profundidad son indecibles. Todas las criaturas razonablemente deben ensalzarlo y alabarle porque gobierna tan maravillosamente su iglesia con su palabra y revelación. Todo el que oye y acepta esto recibe la luz, de modo que vuelve a él y tiene conocimiento de su salvación, la cual los demás nunca pueden encontrar. Muestra una bondad tan indecible a todos los que están en el pecado y bajo la ira de Dios que transfiere a los indignos y condenados del poder de la muerte y el infierno al reino de la gracia y a la vida eterna, siempre y cuando busquen la gracia y crean en su Hijo, Cristo.

Pero, por otro lado, es un Juez justo que con razón rechaza y condena a los que no creerán ni prestarán atención a la revelación y al testimonio de su voluntad en su Hijo, sino que se jactan y se glorían en contra de ella con sus propias opiniones ciegas acerca de la sabiduría y la justicia. Luego, puesto que están privados de esta luz, gracia y consuelo, tienen que ser separados y expulsados del reino de Dios para siempre, a pesar del gran renombre y reputación que tienen de ser el pueblo y la iglesia de Dios.

26. Estos son los juicios incomprensibles y los caminos inescrutables (Rom 11:33) de Dios, su gobierno y obras. “Juicios” significa lo que él considera como bien o mal, lo que le agrada o no, lo que alaba o reprende, en fin, lo que debemos seguir o evitar. Asimismo, sus “camino” son lo que él quiere ofrecer y hacer para la gente. La gente no puede aprender ni aprendería esto por su razón ni lo investigarían con sus pensamientos. Aquí solo deberían evitar instruir a Dios con su veredicto y opiniones acerca de lo que es bueno o malo, y acerca de si es hecho o gobernado por Dios. Más bien, deberían humillarse ante él y confesar que no pueden entender, aconsejar ni enseñar nada de esto; deben darle el honor que como su Dios y Creador él conoce y entiende mejor lo que él es y cómo gobierna que nosotros que somos gusanos pobres y miserables.

Porque, ¿quién entendió la mente del Señor? ¿o quién fue su consejero? ¿Quién le dio a él primero, para que le fuera recompensado? (Rom 11:34–35)

27. Menciona tres cosas que quitan toda la jactancia del mundo acerca de los asuntos divinos. “Entender la mente del Señor” significa lo que él piensa y propone o ha decidido desde la eternidad. “Aconsejar” significa decir qué y cómo debería comenzar, emprender y hacer. Y “dar a él” es ayudarlo con su habilidad, fuerza y actividad. Todo esto es imposible para la naturaleza humana. Porque no puede entender su mente, mucho menos puede aconsejarlo con su sabiduría y actividad ni darle nada.

28. Por eso, es una presunción tan desvergonzada cuando el mundo se atreve a hacer esto y piensa no solo aprender y descubrir por sí solo la esencia, la voluntad y las obras de Dios, sino también se atreve a aconsejar cómo debería actuar y qué debe agradarlo. Sí, con sus obras hasta se imaginan que merecen algo de él y que han hecho tanto que él debería recompensarlos por hacerlo. Quieren tener la reputación y el honor de haber hecho obras grandes y excelentes en su gobierno de la iglesia, que la fortalecieron y preservaron, y de haber llenado el cielo con su santidad, etc.

29. Por eso, Dios debe derrocar tales mentes equivocadas y en su gobierno y obra hacer lo opuesto de lo que ellos piensan y emprenden, de modo que su sabiduría los haga unos necios, tropiecen sobre ella y se ofendan por ella (vea Romanos 9:33; 1 Ped. 2:8), Así demuestra con hechos y experiencia que no sucede como nosotros lo pensamos y le sugerimos, puesto que tenemos que confesar que no hemos entendido su mente, ni su consejo ni su voluntad, ni hemos sido sus consejeros. Ningún hombre ni ángel jamás ha podido inventar ni decirle nada, mucho menos que él tenga que tomar nuestro consejo ni pagarnos por algo que le dimos.

30. Esto se demuestra en las tres clases de personas entre las cuales los cristianos tienen que vivir en esta tierra. La primera clase son los cerdos insolentes a quienes no les importa nada de lo que Dios es o cómo gobierna: que no tienen ninguna estima por la palabra de Dios o la fe, excepto que creen en su mamón y barriga; y que piensan solo de cómo ellos mismos pueden vivir como cerdos en su pocilga. No tenemos que predicarles nada a ellos de este texto: “¡Profundidad de las riquezas, de la sabiduría y del conocimiento de Dios!”, etc. (Romanos 11:33). No entenderían nada de ello, aunque predicáramos siempre sobre ello; escucharían si habláramos de las cáscaras y de la comida para cerdos con que podrían llenarse la barriga. Por tanto, los dejaremos que sigan siendo unos cerdos, como son, ya separados de los demás, excepto que es ofensivo cuando tenemos que ver y escuchar de tales personas (aun entre los cristianos).

31. La segunda clase son los que todavía son razonables y por tanto se preocupan cuál es la mente, la intención, cuáles son los juicios y los caminos de Dios y cómo somos salvos. Los paganos y nosotros bajo el papado discutimos sobre esto de acuerdo a la razón. Este es el comienzo de toda idolatría en la tierra, porque cada uno viene y enseña sus pensamientos acerca de Dios. Mahoma dice que todo el que guarda su Corán y su credo agrada a Dios. Un monje dice que todo el que guarda las reglas de su orden se salvará. El Papa dice que todo el que guarda la ley y culto de él, hace una peregrinación a los apóstoles en Roma y compra su indulgencia alcanza el perdón de los pecados, pero que el que los menosprecia está bajo la ira de Dios, etc. Estos también son los juicios y los caminos por los cuales la gente domina las conciencias y las dirigen a la vida eterna, y se imaginan que son los juicios y los caminos de Dios.

32. Sin embargo, la palabra de Dios dice lo contrario, que no quiere esto, que es solo error, oscuridad y vana adoración, es decir, idolatría, hacia la cual Dios es muy hostil y está muy enojado. Así el mundo entero tiene que confesar que aun si están ocupados por mucho tiempo con las obras que ellos mismos escogieron, todavía no pueden decir por seguro ni concluir que Dios con seguridad es misericordioso con ellos y se agrada de ellos debido a la vida y a la actividad que llevan. Sin embargo, siempre siguen activos con incertidumbre en su error ciego y en sus opiniones, hasta que Dios penetre en su corazón con la revelación de la ley, de modo que se asusten y tengan que reconocer que han vivido sin el conocimiento de Dios y no han sabido nada de su voluntad, y que no tienen más auxilio ni ayuda a menos que se aferren a las palabras del evangelio acerca de Cristo.

33. Antes todos éramos así. Aun yo como clérigo y un doctor educado no conocía ni entendía otra cosa, sino soñaba que mi hábito de monje agradaría a Dios y sería el camino al cielo. Pensaba que conocía muy bien la mente del Señor y hasta que sería su consejero, y merecía que me recompensara. Ahora, sin embargo, veo que eso era mentira y ceguera. Tengo que aprender por su palabra que nada más vale ante él que creer en el Cristo crucificado, su Hijo, vivir en esa fe y hacer lo que requiere la vocación y posición de cada uno. Podemos llegar a estar seguros de lo que es bueno o malo ante él cuando no lo inventamos nosotros mismos, sino lo tengamos por la revelación en que nos muestra lo que tiene en su mente, como dice San Pablo: “nosotros tenemos la mente de Cristo” y “Dios nos la reveló a nosotros por el Espíritu” (1 Cor 2:16,10).

34. La tercera clase que encontramos son los que sí escuchan la palabra o la revelación. No hablo ahora de los que a sabiendas persiguen la palabra, ellos pertenecen al primer grupo, a quienes Dios no les importa. Más bien, hablo de los que abandonan la revelación y, conducidos por el diablo, salen por encima de ella y más allá de ella: quieren asirse de los caminos y juicios que Dios no ha revelado. Si fueran cristianos, estarían satisfechos y agradecerían a Dios por dar su palabra, en la cual él mismo muestra lo que le agrada y cómo debemos ser salvos. Ahora, sin embargo, dejan que el diablo los conduzca y quieren buscar otra revelación y meditar en cómo es Dios en su majestad invisible, cómo gobierna secretamente el mundo, y qué ha decidido del futuro de cada uno. La naturaleza y la razón no lo pueden dejar allí, sino, con la sabiduría, la naturaleza y la razón de ellos quieren entrometerse en sus juicios de él (1 Pedro 4:15), estar en el consejo más secreto de Dios, y enseñarle y controlarlo a él. Es el orgullo del diablo mismo, por el cual fue echado al abismo del infierno, que él quiere entrometerse en la divina Majestad. Gustosamente hundiría a la gente en la ruina con él, como hizo al comienzo en el Paraíso (Gén 3:1-6) y cuando tentó a los santos y a Cristo mismo cuando lo puso en el pináculo del templo (Mat 4:5: Luc 4:9).

35. San Pablo principalmente presenta contra estos estas palabras sobre las preguntas curiosas de la razón astuta: ¿Por qué castigó y rechazó Dios a los judíos y permitió que los paganos condenados llegaran al evangelio? Asimismo, ¿por qué gobierna en tal forma que exalta a la gente impía, mala y permite que los piadosos sean maltratados y oprimidos? ¿Por qué escogió a Judas como apóstol y después lo repudió y aceptó al asesino y ladrón (Luc 23:43)? Quiere que tengan prohibido treparse a la secreta Majestad y más bien quiere que se aferren a la revelación que él nos ha dado. El indagar y el trepar no solo es inútil, sino también dañino, porque aunque lo busques eternamente, no obtendrás nada en ninguna parte, sino solo te romperás el cuello.

36. Sin embargo, si quieres proceder en forma correcta, lo mejor que puedes hacer es ocuparte de su palabra y de las obras en que él se ha revelado y permite que sea escuchado y aprehendido, a saber, como él se ha presentado a ti en su Hijo, Cristo, en la cruz. Esta es la obra de tu redención, en que ciertamente puedes aferrarte de Dios y ver que no quiere que seas condenado debido a tus pecados si crees, sino te da vida eterna, como Cristo te dice: “De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna” (Juan 3:16), etc.

En este Cristo (dice San Pablo, Col. 2:3), todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento ya están escondidos. En él tendrás más que suficiente para aprender, estudiar y pensar, y te maravillarás por esta suma revelación de Dios, de modo que obtengas el deseo por Dios y el amor a Dios. Esta es una obra que no se puede aprender lo suficiente en esta vida y, como dice San Pedro (1 Ped 1:12), los ángeles nunca pueden dejar de ver, sino sin cesar su gozo y su deseo está en él.

37. Esto lo digo para que sepamos cómo instruir y dirigir a los que encontremos que el diablo ataca y afecta con pensamientos acerca de tentar a Dios. Los atrae para que escudriñen y vayan a tientas de manera equivocada, aparte de la revelación, en cuanto a cuál es la intención de Dios con ellos, y así los conduce a tanta vacilación y duda que no pueden soportarlo. A esta gente se les debe mostrar estas palabras y reprenderlos (como lo hace San Pablo con sus judíos y sofistas) por querer asirse de Dios con su sabiduría, conducirlo a la escuela como su consejero y maestro, tratar con él ellos mismos sin medios, y darle tanto que tiene que recompensarlos. No resultará nada de eso. Él ha hecho tan altos sus muros que no podrás escalarlos. Tiene tanta sabiduría, tanto consejo y tanta riqueza que nunca puedes comprenderlos ni agotarlos. Debes alegrarte de que él te deja conocer y recibir algo de esto por la revelación, como sigue:

porque de él, por él y para él son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. (Romanos 11:36)

38. ¿Por qué debemos querer jactarnos (quiere decir) cuando “todas las cosas” que existen, obviamente también toda nuestra sabiduría y nuestras habilidades, no se derivan de sí mismas, sino ambas tienen su comienzo con él, son preservados por él, y tienen que continuar en él? Dice: “En él vivimos, nos movemos y somos” (17:28). Asimismo: “Él nos hizo y no nosotros a nosotros mismos” (Salmo 100:3). Es decir, lo que somos y podemos hacer, que vivimos y tenemos paz y protección, en fin, todo lo que nos sucede, sea bueno o malo, sucede no por casualidad ni por accidente, sino todo viene de su divino concejo y placer. Nos cuida como a su pueblo y sus ovejas; nos gobierna, nos da cosas buenas, nos ayuda en todo peligro, nos preserva, etc. Por eso sólo él merece toda la honra y la gloria de todas las criaturas.

39. Cuando dice que todo es “de él, por él y en él”, eso equivale sencillamente a decir que “tanto el comienzo, el medio y el fin son todos de Dios”. Todas las criaturas tienen su origen en él y también su crecimiento, sea su grandeza, longitud, anchura como sea. Por ejemplo (si

hablamos en forma burda de esto) el comienzo de cada grano es que una raíz crece en la tierra de la semilla muerta. Luego brota y se hace una brizna y una hoja, una espiga y grano. Allí se queda y tiene las tres partes que debe tener. Todas las criaturas también tienen su comienzo, medio y fin, por el tiempo que deben durar y permanecer. Cuando esto termina, entonces ya no hay criaturas. Si comienza y crece pero no alcanza su fin, entonces se queda incompleto, y no es nada.

En resumen, todo tiene que ser de Dios, de modo que, si él no comienza, nada puede existir ni llegar a ser; si él cesa, nada puede existir. No ha creado el mundo en la misma forma en que un carpintero edifica una casa y luego se va, dejándola como esté. Más bien, se queda allí y preserva todo como lo ha hecho; de otro modo no podría ni pararse ni quedarse.

40. Sin embargo, San Pablo no dice sencillamente (como hace en otra parte (Hechos 17:25): “de él son todas las cosas”, sino agrega dos más y hace un trío. Sin embargo, une los tres puntos otra vez y concluye con una cosa cuando dice: “A él sea la gloria”, etc. Con esto sin duda no les da nombres, lo cual es innecesario aquí. Los antiguos maestros consideraron este pasaje como un testimonio de la Santa Trinidad, en esta forma: que todas las cosas fueron creadas de Dios Padre y por el Hijo (como hace todas las cosas por el Hijo) y son preservadas en el Espíritu Santo por el beneplácito de Dios. San Pablo acostumbra hablar de esta forma en otras partes, como: “para nosotros, sin embargo, solo hay un Dios, el Padre, del cual proceden todas las cosas ... y un Señor, Jesucristo, por medio del cual han sido creadas todas las cosas” (1 Corintios 8:6). Acerca del Espíritu Santo, Génesis 1:31 dice: “Y vio Dios todo cuanto había hecho, y era bueno en gran manera”.

41. Así la Escritura nos enseña que aunque la obra de crear todas las cosas es obra del Dios único, o de toda la deidad, sin embargo en la única esencia las tres personas son tan distintas que podemos decir correctamente que todo se deriva, existe y continúa del Padre como de la primera persona, por el Hijo que es del Padre, y en el Espíritu Santo que procede tanto del Padre y del Hijo; sin embargo, las tres siguen permaneciendo en una inseparable deidad.

42. Sin embargo, debemos y tenemos que dejar insondable cómo y en qué manera esta distinción de personas sucede en la divina esencia desde la eternidad. No podemos ni comprender la creación de Dios con nuestro burdo entendimiento. Ninguna criatura tiene la suficiente astucia para entender los tres puntos del comienzo, el medio y el fin; aunque son distintos en sí mismos, sin embargo están tan estrechamente relacionados con el sentido externo que no podemos separar uno del otro. ¿Quién puede aprender o explicar cómo es que una hoja crece de un árbol, o un grano se hace una raíz, o que de la madera y de una semilla crezca una cereza de una flor? Asimismo, ¿cómo el cuerpo y los miembros de una persona crecen y aumentan visiblemente? ¿O qué es el ver del ojo? ¿Cómo sucede que la lengua hace tantos sonidos y dice tantas palabras distintas, que entran distintamente a tantos oídos y corazones? Mucho menos podemos explicar los poderes internos del alma con sus pensamientos, sentidos, su memoria, etc. ¿Qué es esto? ¿Nos atrevemos a medir y comprender la esencia eterna, invisible de Dios con nuestra razón?